

tal, ni la conseja inventada como un feliz augurio de la futura dicha del Dictador, lo de aquella águila imperial que revoloteando en el cielo de Chilpancingo descendió al campamento y se paró airosa cerca del afortunado General.

No pudiendo Santa-Anna dominar la insurrección que había cundido, á pesar de sus enérgicas disposiciones y medidas de terror, no sólo en los Departamentos de México, Michoacán, Colima y Jalisco, sino en los de Nuevo León y Tamaulipas, San Luis y Veracruz, resolvió abandonar la Capital, llevando al cabo su propósito en la madrugada del 9 de Agosto de 1855 y tomó la vía de Veracruz con el preconcebido fin de embarcarse. Había dejado listo un manifiesto para que en su oportunidad se diese á luz, suponiéndolo remitido desde Perote por él mismo.

Tan luego como se tuvo conocimiento en la Capital de la inesperada fuga del Dictador, prodújose una conflagración general. La plebe se amotinó frente al Palacio con el intento de asaltar el departamento presidencial; mas la guardia, que estaba sobre las armas, la mantuvo en jaque y para obligarla, al fin, á deponer su actitud amenazadora, abandonó el recinto del Palacio y se colocó en formación frente á los muros, á la vez que algunas compañías del batallón que ocupaba el próximo cuartel de la calle de la Acequia ejecutaban igual movimiento. Los gritos de la multitud y las vías de hecho á que la misma se entregó lapidando á los soldados, obligaron á los oficiales á dar á sus subordinados la orden de que hiciesen una descarga cerrada al aire. Todo esto que refirió fué presenciado por mí desde un balcón de una casa del Puente de Palacio.

Al escucharse las detonaciones vióse á los alborotadores volver las espaldas y echar á correr por la plaza, en distintas direcciones, para ganar las bocacalles, y caer algunos, como muertos ó heridos, á la segunda descarga, mas debo advertir que á poco se levantaban y proseguían su carrera de tal modo interrumpida, con el fin de librarse, según era de creerse, de los efectos de algún proyectil. Despejada la plaza apareció pocos momentos después, otro grupo numeroso del pueblo bajo, guiado, tal vez con el buen fin de apartarlo de los desórdenes, por un hombre corpulento, de color tri-

gneño, de edad madura, de levitón y pantalón negros, quien iba montado en un caballo retinto y llevaba, bajo el brazo, un rollo de papeles, quizá algunas proclamas.

No quedó con todo esto dominado el tumulto, pues el pueblo, siguiendo las insinuaciones de algunos malévolos que no faltan en ciertas ocasiones, se dirigió primero á la casa del ex-Ministro Bonilla, calle de San José el Real, y después á la de la señora Tosta, calle de Vergara; á la imprenta del *Universal*, calle de Cadena número 13, y á la casa de Don Manuel Lizardi, calle del Colegio de Niñas. El pueblo, sin temor á las patrullas que rondaban la ciudad, asaltó la primera de las mencionadas casas, viéndose á poco descender por los balcones, muebles, cortinajes, libros y un gran piano que al estrellarse contra el suelo produjo un estruendo pavoroso. Con todo esto se formó en la calle una inmensa hoguera que despedía una luz siniestra. Del asalto de la segunda casa hubo de notable, además, la extracción de un carruaje al que se le pegó fuego y ardiendo fué paseado en triunfo por las calles, hasta la llamada de la Acequia; la imprenta de Rafael Rafael quedó aniquilada, apareciendo los tipos regalados por las calles, y lo mismo aconteció en la casa del Señor Lizardi, en la que yo, sin comerla ni beberla, perdí algunos objetos.

En los días que siguieron al de tales desórdenes se vendían á la mano por las calles, tomos con las pastas de pergamino chamuscadas, de las obras de Cicerón, Quintiliano, Séneca y de otros célebres autores.

Pocos han alcanzado en su vida tantos honores y tan colosal prestigio como alcanzó el General Don Antonio López de Santa-Anna y pocos muy pocos los que han descendido como él á la tumba, precedidos de una indiferencia tal, por no decir desprecio, que sólo puede compararse en magnitud á la inmensa adulación de que fué objeto durante su omnimodo poder, no bastando para considerársele digno de que se le tributasen, como despedida de este mundo algunos honores, la memoria de sus acciones guerreras en Tampico y Veracruz. La mayor parte de sus amigos, que estuvieron en auge durante su poder, le abandonaron en la desgracia porque tal es, en general, la triste condición humana; mas la conducta de retrai-

miento observada por el Gobierno, y dígame por la Nación; no debe equipararse con la de los falsos amigos, porque tal proceder tuvo por motivo la razón de Estado.

Los errores del General Santa-Anna en las diversas épocas que gobernó el país, fueron, á mi entender, comunes á todas las Administraciones que se sucedieron en el país; pero en la época de su última dictadura, fueron tantos

y de tal naturaleza, que se convirtieron en faltas graves que, más tarde ó más temprano, debían de acarrearle un completo desprestigio. Culpa fué todo ello de la torpe adulación y culpa de él que se envaneció con ella. Carlos V cifró su grandeza en la conciencia de sus propios hechos y no en las lisonjas de los aduladores; por eso relegó á éstos al desprecio y por eso él pasó á la historia con el dictado de un gran Rey.



## VII

### EL CONDE RAOUSSET.

LA riqueza del famoso mineral "Planchas de Plata," en la Sierra de la Arizona, Sonora, dió motivo en 1852 á la formación de dos Compañías rivales, de las cuales la denominada "Compañía restauradora" de Jecker, Torre y C<sup>o</sup>, acudió para garantizar sus intereses al elemento extraño, y la de Forbes, Oseguera y C<sup>o</sup>, presidida por Don Eustaquio Barrón, puso los suyos bajo la salvaguardia de la autoridad mexicana, y natural era, y que ésta mostrase preferencia, si es que la hubo, por la segunda de las empresas referidas.

La casa banquera de Jecker celebró un contrato con el Conde Gastón Raousset de Boulbón para la ocupación y estudio del Mineral de la Arizona, dándole al efecto extensos poderes y los recursos necesarios. Raousset salió de México por la vía de Acapulco con dirección á San Francisco de California el 8 de Abril del mencionado año, y allí reunió 176 hombres, en su mayor parte franceses, dispuestos á emigrar con

motivo, según decían, de los atentados y vejaciones que contra ellos ejercían los californios, y con esa fuerza, bien armada y equipada, se embarcó el 16 de Mayo con destino al puerto de Guaymas.

Antes de su salida de San Francisco quejábale el buen Conde, en una carta dirigida al Ministro de Francia en México, del Gobierno americano cuyos agentes estorbaban la partida de aventureros que pudiesen ir á trastornar el orden establecido en un país amigo como era México, protestaba contra la aplicación de las leyes que para ello se invocaban, considerándola para él y para los suyos vejatoria, puesto que se les confundía con los piratas, y hacía valer, por último la circunstancia de que todos los emigrantes estaban provistos de pasaportes visados por el Cónsul mexicano en San Francisco. Manifestaba, además, que nada lo detendría para la consecución de su intento; que iría á la Arizona y descubriría ricas minas de oro y



plata; que despertando celos acudirían los californios á millares para intentar la conquista de Sonora, pero que él desbarataría el intento, estando en ello empeñados sus intereses y su honra, que se le dieran elementos para vencer y vencería, consistiendo éstos en armas, municiones, transportes y víveres para mil hombres que pensaba reunir. Invocaba en abono de sus propósitos el bienestar de Sonora, el buen suceso de la Compañía explotadora y la honra de la Francia. Confiaba en el Gobierno mexicano de quien nada tenía que temer, pues libre de preocupaciones, éste no abrigaba el temor de que la inmigración de franceses á Sonora, envolvese una idea de conquista y, en fin, que agradecidos todos ellos al pueblo mexicano que reconocía el carácter caballeroso de los franceses con el que se asimilaba el suyo, dispuestos estaban, por intereses y por deber, á defender á todo trance á Sonora, y si necesario fuese á saltar al abordaje la embarcación americana que estorbaba en San Francisco su salida.

Me he detenido en estos pormenores porque concuerdan con algunos rasgos característicos del Conde.

Este contaba para el buen éxito de su empresa con la protección del Ministro francés en México, Mr. Levasseur, y del Cónsul de Francia en San Francisco, Mr. Dillon, quien por recomendación del primero proporcionó á los franceses sus pasaportes gratis, en los momentos oportunos en que el Gobierno de Sonora se había decidido por la colonización europea en la frontera, para contener las depredaciones de los indios bárbaros y las excursiones de los aventureros americanos, y á ese fin había obtenido de la Legislatura la ley competente.

Parece que Mr. Lavasseur había entrado en sociedad con la expresada empresa restauradora del Mineral de la Arizona y placeres de oro de Sonora, pues así lo hace suponer la felicitación que dirigió al Sr. Aguilar, Gobernador de aquel Departamento, por tener su nombre inscrito al lado del suyo en la nómina de la Compañía, pero atendiendo á la incompatibilidad del negocio con la dignidad de su cargo todo lo renunció sin retirar, por eso, la protección que dispensara á la empresa en general, y al Conde Raousset en particular.

Este célebre aventurero desembarcó en

Guaymas el 1º de Junio al frente de su gente y con dos piezas de artillería, siendo tan bien recibido por el pueblo, según expresiones suyas, que el mismo alcalde del lugar, nada receloso por cierto, le instó para que permitiese que 60 de sus soldados marchasen en la posesión del Corpus.

El uniforme de los 176 franceses que habían hecho la guerra en Africa y servido en la guardia móvil, consistía en blusa de lana azul, pantalón de casimir del mismo color y sombrero de fieltro, llamando la atención el buen estado de su equipo y armamento.

Raousset debía contar, en virtud de la influencia que en su favor ejercían los agentes diplomáticos, con la protección de las autoridades y pueblo de Sonora, circunstancia que le prometía establecerse allí sin dificultad ninguna y tener bajo su mando, en poco tiempo, una fuerza de 4,000 franceses dispuestos á combatir con valor, no solamente contra los indios bárbaros, sino contra los aventureros americanos á quienes todos ellos profesaban un odio implacable.

A pesar de la confianza que los funcionarios franceses trataban de inculcar en el ánimo de las autoridades mexicanas, reiterando sus protestas de que los acaudillados por Raousset daban toda clase de garantías por su buen porte y disciplina y de que respetarían las leyes, las costumbres y aun las preocupaciones del país, el Comandante General de Sonora Don Miguel Blanco, dió orden, conformándose á las instrucciones del Gobierno General, para que los emigrados se detuvieran en Guaymas, mientras no se les diese orden contrario, en el caso de ser conveniente su internación en el país, con el aparato militar que presentaban. Permitiales el Gobierno de Sonora que conservasen su organización en calidad de guardia nacional, á condición de sujetarse al Comandante del Departamento y de que todos reconociesen y acatasen las leyes del país. Estas vacilaciones de nuestras autoridades, que rebajaban la dignidad de un Gobierno, contrariaban á Raousset, porque retardaban la prosecución de sus planes, aunque lo envalentonaban así como á toda su gente.

Por fin el Comandante General, de acuerdo con el Gobernador interino de Sonora Don Fer-

nando Cubillas, cediendo á las instancias de los franceses que ofrecían obedecer las disposiciones de la autoridad, y atendiendo al mal clima de Guaymas, nocivo para aquéllos, y á otras consideraciones que jamás debieron haber influido en el ánimo de las autoridades mexicanas, condescendió en que se internasen en el país con destino á la Arizona, conformándose con asignarles el nombre de colonos y con señalarles la ruta por Ures, Arizpe y Santa Cruz.

Al tener conocimiento de estas disposiciones el Ministro Levasseur mostróse contrariado y ofendido, tanto, que en la nota que el 21 de Agosto pasó á Don Fernando Ramírez, Ministro de Relaciones, hacía alusiones que lastimaban la dignidad y decoro del Gobierno del Sr. Arista, tales como las de indicar que aquellos manejos reconocían por causa las sugestiones de la empresa rival "Forbes Oseguera" y otras por el estilo, manifestando que se abstendría ya de dar consejos á quienes los despreciaban y desconocían en él sus buenos oficios y simpatías por México.

El Ministro de Relaciones contestó, como sabía hacerlo Don Fernando Ramírez, con cierta dureza dentro de los límites de la forma diplomática, proceder que era preciso para desvanecer dignamente los infundados cargos que se hacían á un gobierno, que si en algo había faltado era en haber sido demasiado complaciente en un asunto peligroso.

El General Blanco insistía en que Raousset se le presentase en Arizpe sin aparato militar, á fin de arreglar las condiciones según las cuales pudieran aquél y los suyos permanecer legalmente en el territorio sonorensé, á la vez que el célebre aventurero se quejaba de los actos arbitrarios y atentatorios que contra su libertad y los intereses que representaba, ejercían las autoridades mexicanas, lamentos que hacía llegar al Ministro francés.

Entretanto, la expedición aventurera siguió su marcha con dirección á la Arizona, despreciando las órdenes de la autoridad, y de regreso hízose fuerte en el Saric, á unos 45 kilómetros del codiciado mineral "Planchas de Plata," contando ya con 5 piezas de artillería y con una fuerza de 250 hombres, á causa de habersele reunido los franceses que con Mr. de Paudray habían establecido en Cocóspera,

al oeste de la Villa del Altar. Este era otro Conde francés, más reflexivo que Raousset, con quien tenía muchos puntos de contacto, pues uno y otro eran de alta alcurnia, de buena presencia, de talento y vida poco arreglada. Algunas fechorías llevadas á cabo por Mr. de Paudray en Francia obligáronle á huir y á refugiarse con 80 franceses en un rincón desierto de la frontera de Sonora; mas habiendo llegado á su noticia que se trataba en México de su extradición, pedida por su Gobierno, se suicidó.

Las condiciones impuestas por la autoridad de Sonora á Mr. Raousset, eran:—1ª Que los franceses habían de sujetarse á las leyes del país.—2ª Que habían de establecerse en las colonias militares designadas por el Comandante General si deseaban prestar al país sus servicios.—3ª Que podían establecerse en colonias civiles, sujetándose á la ley de 25 de Abril de 1835 y al decreto de 14 de Mayo de 1851, manifestando tales propósitos y renunciando su nacionalidad. Desde Saric contestó Raousset al Comandante Blanco, el 16 de Septiembre, que no acudía á su llamamiento por no conformarse con ninguna de las proposiciones que se le imponían.

Los franceses continuaron su camino con dirección á Guaymas, el mismo que habían llevado á la Arizona, y proponiéndose el General Blanco salirles al encuentro en compañía de Pesqueira, avanzó con sus fuerzas abandonando Arizpe. El movimiento emprendido por el General Blanco, haciendo dar un gran rodeo á sus fuerzas para llegar á Hermosillo, cansó á su gente y lo privó de una parte de su artillería y de gran número de soldados, en los momentos críticos en que iba á encontrarse. Los del 4º Batallón, que competían en valor y en arrojo con los ópatas de Pesqueira, eran leones en las peleas según lo habían acreditado; así es que los franceses tenían que habérselas con soldados fogueados, de esos á quienes no se les disputa el laurel de la victoria sino á costa de mucha sangre. El 14 de Octubre, á poco de haber entrado en Hermosillo la fuerza mexicana y de tomar las posiciones convenientes, presentáronse los franceses en tres columnas, empenándose desde luego el combate.

Los que defendían su territorio y los que



trataban de apoderarse de él, peleaban valerosamente, aquéllos con el ardor del entusiasmo patrio, y éstos con el convencimiento del que tiene que vencer ó morir: pero fatigados los primeros á causa de sus marchas forzadas por ásperos terrenos, por vericuetos y barrancas, y faltos de alimento no pudieron, al fin, resistir el empuje de los segundos que se libraron al combate bien alimentados y después de haber tenido sobrado descanso en su campamento. Flanqueada en la alameda de Hermosillo la parte principal de la fuerza mexicana, por la ausencia de la Caballería, su dispersión fué inmediata y los franceses que en la refriega habían perdido á Garnier, el segundo del Conde Raousset, sólo tuvieron que combatir al Subteniente Don Francisco Borunda, que con 30 hombres se había hecho fuerte en una casucha de la población, y á quien sólo pudieron aprehender después de haber agotado sus soldados las municiones y disparado él, el último tiro de su pistola, hiriendo en el cuello á un francés, por lo que éste quiso, más tarde, darle muerte, que impidió el Conde diciendo á su compañero: "No tenéis derecho para hacer lo que intentáis, pues fué un valiente que os hirió en buena lid."

Después de la refriega, los franceses prosiguieron su camino con dirección á Guaymas, no sin ser molestados por la Caballería que al mando del Capitán Felipe Chacón les picaba la retaguardia en el llano llamado de las Avispas, en tanto que el General Blanco, con toda su fuerza reunida y con su Artillería se aprestó á un nuevo combate; pero Raousset, en vista del imponente aparato militar de las fuerzas mexicanas, enarboló el pabellón blanco en las alturas de la Hacienda del Tigre en la que se había encerrado, y al fin capituló en San José de Guaymas el día 4 de Noviembre, siendo el resultado de la capitulación la protesta hecha por los franceses, en presencia de un Santo Cristo y con la mano puesta en los santos evangelios, de reconocer las leyes y autoridades del país, estar prontos á disolver su fuerza y á entregar las armas cuya adquisición no fuese por compra legal y en cambio el General Blanco garantizaba sus vidas y seguridad personal.

Raousset, con todos los suyos, se embarcó para San Francisco California, no sin protes-

tar todos de sus buenas intenciones, manifestando que se les había engañado al asegurarse que habían de conquistar por la fuerza de las armas, el derecho para trabajar las minas.

A pesar de todo, el General Don Miguel Blanco desbarató la primera intentona del famoso aventurero.

\* \* \*

En Mayo de 1853 el Conde Raousset escribió al Ministro de Francia en México, diciéndole que en verdad había concebido el proyecto de invadir á Sonora para vengarse del Gobierno de Don Mariano Arista que lo había engañado negándole á la gente que á sus inmediatas órdenes debía proteger la explotación de minerales en Sonora, el auxilio que se le había ofrecido; pero que, en vista del cambio político efectuado en el país y de ser el General Santa-Anna el nuevo gobernante, desistía de su idea y ofrecía su espada y sus servicios al Gobierno.

En virtud de estos propósitos Raousset vino á México y se presentó al Presidente Santa-Anna el mes de Julio, dando principio á sus conferencias, cuyo objeto era la colonización y la explotación de minas en Sonora.

En el tiempo que permaneció el Conde en México, pretendiendo arreglar sus asuntos, hué de conocerlo en la casa de un pariente mío, en la que pusiéronme á su disposición para que le ayudase en la formación de la Carta de Sonora, que él construía mediante los innumerables apuntes que conservaba en su cartera y que yo dibujaba con harta desconfianza de mi aptitud, pues como he manifestado ya, apenas hacía entonces mis primeros ensayos.

Esta circunstancia que te indico, carísimo lector, me ofrece la oportunidad de darte á conocer á un personaje cuya ambición desmedida nulificaba sus buenas cualidades.

La fisonomía del Conde era muy expresiva y en extremo simpática, cuando en ella no se reflejaba la cólera ó alguna contrariedad. Su rostro oval, sus facciones regulares, su tez blanca y limpia que dejaba transparentar las azuladas venas, su dorada cabellera terminada en rizos y su sedosa y poblada barba, igualmente rubia, ofrecían todos los caracteres del hermoso tipo caucáseo. Su despejada frente y su vi-

ta mirada revelaban una inteligencia nada común y un carácter fogoso que lo disponía á llevar á ejecución inmediata las ideas que concebía, y como era un poco sordo, llevábase con frecuencia la mano al oído para escuchar mejor. Su actividad era asombrosa para llevar á cabo sus planes relativos á Sonora, planes cuya verdadera significación sólo residía en su mente, y si eran aviesos sabía ocultarlos con habilidad, presentándolos con la seductora idea de la colonización extranjera. Si obró en un principio con recta intención y después hostilmente á causa de las vacilaciones del Gobierno, no es fácil decirlo, si tan sólo se atiende á las protestas que formuló y constan en su proceso.

Animábame el Conde, al notar mi desconfianza, á proseguir el dibujo de la carta, calificando con harta benevolencia mis trabajos y, sobre todo, el relativo á las montañas, sin preocuparle para nada los errores que solían aparecer en aquélla, no por culpa mía, dicho sea en mi abono, sino á causa de su carácter violento.

Hubo vez, que por falta de claridad en alguno de los trazos del Conde, dibujase yo, en lugar de una montaña, una laguna y, entonces, él, sin vacilar tomaba una hermosa navaja de afeitar de mi pariente, y con ella raspaba el papel á todo su sabor sin miramiento alguno, hasta hacer desaparecer el detalle errado y devolver á aquél su tersura á fin de que yo hiciese aparecer la montaña en lugar de la laguna.

Tal fué el origen de aquella primera carta de Sonora, debida á la vigorosa imaginación de un hombre de mundo y á la no menos lozana de un joven, carta que existe en la Secretaría de Fomento.

A su calidad de francés bien educado, reunía el Conde una exquisita amabilidad que entraba en lucha con la violencia de su carácter cuando se le contrariaba, revelando los opuestos sentimientos que agitaban su ánimo el ceño contraído y su excitación nerviosa, más como poseía una gran fuerza de voluntad, acababa siempre por dominarse. Todas estas cualidades contribuían á hacer simpática la personalidad del aventurero, cuyas miras eran demasiado peligrosas.

Diversas fueron sus conferencias habidas con el Presidente Santa-Anna, relativas al establecimiento de colonias militares en los Es-

tados fronterizos; y en tanto que éste lo entretenía con promesas, el Conde instaba por una resolución definitiva, engañándose mutuamente, "así es que, cuando uno solicitaba seriamente lo que sabía no le habían de conceder, el otro mantenía unas esperanzas que no tenía ánimo de realizar," si he de valerme de las expresiones de Don Anselmo de la Portilla en su "Historia de la Revolución de México contra la dictadura del General Santa-Anna."

Hiciéronse públicas entonces algunas de las pláticas del Presidente y del Conde, pudiéndose atribuir las vacilaciones del dictador á lo que paso á exponer.

Prendado el Conde de la apostura y valentía de los indios sonorenses, particularmente de los ópatas y los yaquis, aseguraba á Santa-Anna, salva sea la exageración, que con diez mil de ellos bien armados y dirigidos, conquistaría el mundo. Peligroso era, por tanto, entregar tales elementos á un hombre del temple y aspiraciones de Raousset.

Si la mirada del Conde era perspicaz, la de Santa-Anna era, según se decía, de águila, y como los ojos son el reflejo de los sentimientos del alma, ambos se conocieron á fondo y sondearon sus intenciones.

Mostraba cierto día el Presidente á Raousset, no una pepita, sino un trozo de oro virgen procedente de los placeres sonorenses, y ambos se pusieron á examinar, el Conde la pepita y el dictador la fisonomía de aquél.

No sé qué rasgos observó Santa-Anna en ella, pero el caso fué que los proyectos de colonización militar vinieron abajo, quedando en pie tan sólo el ofrecimiento hecho al Conde del grado de Coronel en el Ejército mexicano.

Tal proposición debió de irritar al aventurero que tan grandes empresas meditaba, y así fué que, á poco, desapareció de la Capital tomando el camino de Acapulco con dirección á San Francisco de California que era el centro de sus maquinaciones.

Algún tiempo después el General Yáñez, Gobernador de Sinaloa, descubrió, por una correspondencia que Raousset sostenía con algunas personas, las aviesas miras de éste, cuales eran las de alzarse con una parte del territorio nacional y vincular en ella su soberanía, corroborando el hecho las noticias que acerca